

Maestros que se van: Julián Marías, Horacio Rimoldi

Helio Carpintero
Universidad de Valencia

En el espacio de un mes, aproximadamente, hemos perdido a dos maestros del pensamiento y de la vida intelectual, de gran relieve en la cultura iberoamericana, y singularmente próximos a nuestra Revista: Julián Marías (1914-2005) y Horacio J. A. Rimoldi (1913-2006). A través de estas líneas, pretendemos testimoniar a ambas figuras nuestra admiración y un sentido discipular que sin duda perdurará tras su desaparición de entre nosotros.

JULIÁN MARÍAS (1914-2005)

Julián Marías, filósofo, ensayista, discípulo y continuador del pensamiento de Ortega y Gasset, es sin duda una figura clave en la cultura española del siglo XX. En su obra, en sus numerosos escritos, ha sido capaz de expresar un pensamiento profundo filosófico en una admirable lengua literaria. Ha sido un pensador que, a la vez, era un gran escritor en español.

Su fidelidad a la tradición intelectual de Ortega, y al espíritu liberal que ha caracterizado a algunas figuras relevantes de nuestra cultura, de Cervantes a Valera, le hizo chocar con el régimen político que dominó nuestro país tras la Guerra Civil, hasta la reciente transición democrática. Ello le alejó durante ese tiempo del mundo cultural oficial, pero su obra y su pensamiento se extendió entre tanto por Europa y el norte y el sur del continente americano, y sus libros se han traducido a muchas lenguas, buena parte de ellos al inglés. Su figura resulta hoy familiar a innumerables lectores del mundo hispanoamericano, y su influjo profundo se ha extendido por ámbitos muy variados.

Ha escrito estudios fundamentales sobre algunos de sus maestros, en especial sobre Unamuno (*Miguel de Unamuno*, 1943) y Ortega (*Ortega. Circunstancia y vocación* [1960] y *Ortega. Las trayectorias* [1983]), y uno de sus libros juveniles, *Historia de la filosofía* (1941), ha conocido innumerables ediciones, por lo que se ha convertido posiblemente en el libro filosófico más difundido en nuestra lengua.

Marías, siguiendo a Ortega, reafirma la naturaleza esencialmente histórica del hombre. El hombre es siempre un heredero, un continuador, y precisamente para conocer su posición en el mundo necesita desarrollar y perfeccionar su conciencia histórica. Esta idea, y su teoría del cambio generacional del mundo histórico, han influido profundamente en muchos de nosotros, y su eco es visible en numerosos artículos de esta Revista, que mantiene esa idea de la historicidad del hombre y de la ciencia, y procura por ello fomentar la construcción de una imagen coherente y cabal de nuestro pasado científico y social.

Con ocasión de la reunión anual de la Sociedad Española de Historia de la Psicología, en Madrid, en 1997, accedió a pronunciar la conferencia inaugural «La razón en la historia», que aparece en las páginas de nuestra Revista, junto al resto de trabajos de aquella reunión (1997, pp. 1-2). Él mismo tuvo una importante actividad como redactor y colaborador de la *Revista de Psicología General y Aplicada*, en sus primeros años, respondiendo a la invitación que le hiciera su director Jose Germain, y siempre mostró un interés vivo y duradero hacia los problemas psicológicos, considerándolos siempre como un aspecto esencial de toda verdadera antropología.

Al igual que Unamuno y Ortega, Marías ha sabido ser un filósofo capaz de llevar su pensamiento a las páginas de los diarios, haciendo que sus ideas resultaran claras y atractivas para el lector general, interesado en los problemas culturales y sociales pero no especialista. Su voz y su pluma ha buscado siempre aclarar y poner las cosas en la verdad. Y lo ha hecho en toda circunstancia, libre de toda imposición, sin más interés que el de la verdad misma.

Su vida ha sido un ejemplo de libertad. Ha sido un liberal, alejado de todo fanatismo, y siempre ha creído necesario respetar la libertad de pensamiento y acción, una libertad que entendía que estaba fundada en la verdad, es decir, en el respeto a la propia realidad.

Concebía la filosofía como «la visión responsable», y así la ha definido en varios lugares de su obra. Considera que ha de ser visión, porque ha de atender a la realidad, a su complejidad y su propia organización tal y como se da a los ojos del filósofo y del intelectual. Repetía, también, que las tres cuartas partes de toda filosofía que no sea una escolástica se hace «mirando», es decir, con atención a los datos reales, sin pretender repetir memorísticamente cualquier lección aprendida de los maestros. Y pedía, además que fuera «responsable», porque hay que tratar de formular y conceptualizar esa estructura descubierta buscando las razones que justifican y dan cuenta de aquello que se dice y se piensa.

Estaba, además, convencido de la tesis orteguiana (de las *Meditaciones del Quijote*) de que «yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo». Por eso una parte muy amplia de su obra está dedicada a examinar la realidad social e histórica de lo que llamaba «la España real», la de la gran mayoría de españoles que, con frecuencia, no se identifican con los intereses de los grupos particulares más politizados, y cuya voz ha estado silenciada durante décadas, por presiones políticas. A esa tarea de autoconocimiento, reflexión y enérgica afirmación de la realidad histórica de España ha dedicado gran parte de su vida, y su obra es en ese punto un manantial vivo de ideas, de sugerencias, con que enfrentar nuestra vida colectiva.

Algunos de sus libros –*Introducción a la filosofía* (1947), *Antropología metafísica* (1970), *El método histórico de las generaciones* (1949), *Razón de la filosofía* (1994), entre otros–, pasarán sin duda a incorporarse al haber de la tradición filosófica en lengua española, ofreciendo en sus páginas ideas claras y sugestivas junto a una voz personal propia, nacida del estilo inconfundible de su prosa.

Marías, miembro de la Real Academia Española, y de la de Bellas Artes de San Fernando, Premio Príncipe de Asturias 1996, miembro del Institut International de Philosophie, doctor Honoris Causa por varias universidades, aceptó ser, desde el primer número de nuestra Revista, miembro del Comité científico, amparando con su prestigio nuestra empresa intelectual. Ahora, ya definitivamente ausente, seguirá sin duda inspirándonos un afán de conocimiento y un sentido de veracidad y responsabilidad, sin los cuales no cabe llevar adelante una empresa intelectual como la que a través de estas páginas pretendemos todos realizar.

HORACIO J. A. RIMOLDI (1913-2006)

Horacio Rimoldi, médico y psicólogo de fama internacional, nació en Buenos Aires, la gran ciudad donde ahora acaba de fallecer. Estuvo largos años ausente de su país, primero formándose en Inglaterra, en Oxford, luego como profesor e investigador en Estados Unidos y en otros países americanos. Creó y dirigió algunos centros de investigación muy reputados, entre los que se cuenta un laboratorio en la Universidad de Cuyo (Argentina), otro laboratorio psicométrico en la Universidad de Loyola (USA), y desde 1971 dirigió en Buenos Aires el CIIPME (o Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Psicología Matemática y Experimental), integrado dentro del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET), en el que ha trabajado, incluso después de su retiro, hasta poco antes de morir.

Rimoldi ha sido una figura señera, que ha mantenido siempre una pasión inagotable por la investigación científica de la mente y la conducta, de acuerdo con la más rigurosa metodología experimental. Fue discípulo predilecto de Bernardo A. Houssay,

médico argentino Premio Nobel de Medicina en 1947, junto al cual comenzó investigando como psicólogo experimental. Después adquirió una extraordinaria formación en psicología matemática en Chicago, al lado de Louis L. Thurstone, quien fue para él otro de los maestros que marcaron su personalidad de modo definitivo.

Por indicación de Houssay se hizo cargo de la cátedra de Psicología Experimental en la Universidad de Cuyo, en Mendoza (Argentina), entre 1941 y 1946, donde creó un notable grupo de investigadores en psicometría y psicología diferencial. La llegada al poder del General Perón y su política autoritaria le impulsó a abandonar su patria y se instaló en Estados Unidos, donde desarrolló una serie de investigaciones que han constituido un importantísimo antecedente, precursor de la psicología cognitiva contemporánea. En estrecho contacto con figuras como W. Köhler, Raymond B. Cattell, J. P. Guilford y el español Mariano Yela, fue construyendo una obra sólida en torno a los problemas teóricos de la índole y la estructura de la inteligencia, y los factores relevantes en la resolución de problemas, al tiempo que iba a dedicar también singular atención a los aspectos aplicados, en especial a las consecuencias que tiene la incorporación de información relevante en el curso de un despliegue temporal de aprendizaje, como por ejemplo, en la formación científica de futuros médicos tal y como se programa en las secuencias efectivas de los programas universitarios.

Rimoldi mantuvo estrechas relaciones con los psicólogos españoles, en buena medida a través de la mediación de su compañero de estudios en Chicago M. Yela, quien promovió la concesión del premio de honor de la Sociedad Española de Psicología en 1964. Más recientemente, mantuvo muy cordial relación con profesores españoles de psicología –H. Carpintero, E. Lafuente, M. V. Del Barrio–, que han elaborado un breve vídeo didáctico sobre su persona y su obra dentro del programa de materiales creado por la UNED; también reanudó sus relaciones cordiales y profesionales con especialistas de metodología, como A. Conchillo y J. M. Arredondo, de la Universidad Complutense de Madrid.

En largas conversaciones de que pudimos disfrutar en su despacho de CIIPME, en Buenos Aires, Rimoldi gustaba de recordar su gran familiaridad con los psicólogos españoles exiliados, en especial con Emilio Mira y López, y con Mercedes Rodrigo, a la que prestó ayuda y consejo en los días en que esta organizaba los estudios científicos de Psicología en Colombia. Una de sus mayores discípulas, la profesora Nuria Cortada de Cohan, cabeza de un importante grupo de metodólogos y psicómetras en Argentina, y colaboradora desde sus tiempos de Cuyo, es también de origen español, nacida en Cataluña, aunque ha realizado su vida y su obra casi por entero en Argentina.

Entre sus numerosas publicaciones merece ser mencionado su importante estudio *Ritmo y fatiga. Problemas que plantea la hipótesis de la energía mental* (1946), su adaptación argentina del Test de Matrices Progresivas de Raven (1947), y sus estudios recientes sobre solución de problemas (*vid.*, *Revista de Psicología General y Aplicada*, 1997, vol.

50[3], donde se recoge un artículo reciente sobre ese tema, así como una Autobiografía de muy alto interés. Otra narración autobiográfica también muy informativa se contiene en los *Cuadernos Argentinos de Historia de la Psicología*, 1995, 1[1/2]).

El profesor Rimoldi acumuló gran número de distinciones merecidas. Era miembro de número de la Academia Nacional de Educación y de la de Medicina (Argentina), Profesor Honorario de numerosas universidades, miembro distinguido de numerosas sociedades científicas internacionales. En los últimos años, aunque un tanto alejado de la psicología universitaria dominante en su país, mantuvo una gran actividad investigadora en CIIPME, donde dirigía y editaba la revista *Interdisciplinaria*. Contaba con discípulos y colaboradores dispersos por el mundo entero —la ya citada N. Cortada de Cohan, M. C. Richaud de Minci, R. Moreno, E. Cascallar, J. Georgas, G. K. Burger, J. Bianchi, I. Begin, N. Tuana, H. M. Fogliatto, M. Carbonel de Grompone, etc.—, todos los cuales y tantos y tantos más no olvidarán la singular figura del Dr. Rimoldi, ni el afecto y cordialidad de sus dos hermanas, con quienes vivió durante toda su vida, entregado a su pasión por la ciencia y la investigación.

La comunidad de psicólogos y científicos iberoamericanos, y en general, la comunidad internacional de psicología científica, ha perdido una de sus figuras más notables, precursor de muchas investigaciones actuales, defensor siempre de la libertad y de los valores morales que han de acompañar siempre a la búsqueda del saber, que es la tarea propia del hombre de ciencia.

A Julián Marías, y a Horacio J. A. Rimoldi, dedica su mejor y más emocionado recuerdo nuestra Revista. Queden estas breves páginas como testimonio duradero.